

Quijote

DIRECTOR PROPIETARIO

JOSÉ MARÍA ESTEVAN

DIRECTOR ARTÍSTICO

E. S. H. (MECACHIS)

REDACTOR JEFE LITERARIO

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

CRÍTICO

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN



SEMANARIO
POLÍTICO, ILUSTRADO, SATÍRICO
Y LITERARIO

Subscripción y venta: Madrid y provincias, trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8. — Ultramar y Extranjero, año, 15,00. — Anuncios, á precios convencionales. — Se subscribe y se vende en las principales librerías.

Redacción y Administración, Soldado, 8, bajo.

A l'Etranger, 30 céntimos chaque número

HORAS DE OFICINA: DE 11 Á 1

ENRIQUE FERNÁNDEZ ARBÓS

SILUETAS DE MÚSICOS CONTEMPORÁNEOS

FERNÁNDEZ ARBÓS

TOMAMOS la pluma para trazar á grandes rasgos la silueta de este joven violinista, y la tomamos poseídos de un sentimiento en el cual juntamente se unen el temor y la alegría. Y no son estos retóricos artificios con que pagamos al hábito corriente tributo de acatamiento; antes al contrario, expresan con sinceridad el estado de nuestro espíritu al comenzar esta silueta, que, por el hecho de ser nuestra, ha de pecar de incorrección en las ideas y desaliño en el lenguaje.

Tenemos el honor y el gusto de conocer personalmente á Enrique Fernández Arbós lo bastante para estimar, admirándolas, las dotes artísticas que atesora, y para no ignorar tampoco la exquisita susceptibilidad de su severa modestia. Y nos hallamos, pues, en el caso, para nosotros difícil, de enterar á nuestros lectores, en cuanto cabe, respecto de las condiciones no comunes del profesor de perfeccionamiento de violín en el Conservatorio de Hamburgo, su laboriosidad ejemplar, su profundo sentido artístico, la enérgica firmeza de su carácter, su cultura escogida y sólida, y otras prendas que ponderan y enaltecen su condición excelentísima; y al mismo tiempo quisieramos respetar, siguiendo inclinaciones propias á que nos gusta ser fieles, la sensibilidad exquisita de la modestia de Fernández Arbós, á quien la justicia suele parecer elogio, y la merecida aprobación, juicio lisonjero, nacido del cariño, no engendrado en la región apacible y serena de la reflexión escrupulosa.

Nuestro deber, sin embargo, en este caso reza más con el público que con el amigo, y éste ha de perdonar, en obsequio de aquél, los legítimos desahogos de una franqueza que pudiera antojársele benévola por ser justa, y por coincidir, en este caso, las prerrogativas de la imparcialidad con las exigencias de la cariñosa y merecida estimación que al joven violinista profesamos.

Nació Fernández Arbós en Madrid en 24 de Diciembre de 1863: á los cuatro años comenzó, bajo la dirección de su padre, el estudio del solfeo, y cuando contaba siete años de edad ingresó en la Escuela Nacional de Música y Declamación, siendo desde los primeros momentos un aventajadísimo discípulo del eminente profesor D. Jesús de Monasterio, en el que su maestro fundaba, no en balde, esperanzas que no tardaron en realizarse, puesto que á los doce años obtuvo el primer premio de violín.

También estudió la armonía, primero con Galiana y después con Hernando, obteniendo el primer premio á los trece años de edad.

Terminados sus estudios en la Escuela Nacional de Música y Declamación, el insigne Monasterio, conecedor de las notables disposiciones artísticas de Fernández Arbós, y con el profundo interés del maestro hacia el discípulo favorito, en cuya juvenil imaginación ha inculcado los principios del arte, solicitó la protección de una ilustre dama, en cuyos elevados sentimientos la halla siempre decidida y generosa el verdadero mérito.

El joven Fernández Arbós—casi pudiera decirse el niño, pues sólo contaba entonces catorce años—fué pensionado por S. A. R. la Serma. Sra. Princesa de Asturias, hoy Infanta D.^a Isabel, á expensas de su bolsillo particular, para que fuera á perfeccionar en el Extranjero sus notables disposiciones artísticas.

Marchó Fernández Arbós á Bruselas, ingresando en el Conservatorio de aquella capital; y después de haber estudiado bajo la dirección de Mr. Vieuxtemps, obtuvo en 1879, cuando contaba poco más de quince años, el premio de *excelencia* y *capacidad*, de cuya concesión pueden citarse rarísimos ejemplos.

Hé aquí de qué modo describió entonces *L'Independance Belge* la sesión del Conservatorio de Bruselas en que fué adjudicado á nuestro joven compatriota el honorífico premio de que acabamos de hacer mención:

«Las pruebas á que debía ser sometido el Sr. Arbós formaban todo un programa. El artista español debía ejecutar un concierto con acompañamiento de orquesta; leer después á primera vista una pieza designada por el Jurado, y transponer otra en las mismas condiciones; además se le exigía que, señalada por los jueces, tocase de memoria una ó varias composiciones de entre una lista dada á conocer de antemano.

»El joven alumno salió triunfante de estas largas y difíciles pruebas. Después de una ligera deliberación, el Jurado anunció al público, por boca de su secretario, que el Sr. Fernández Arbós había obtenido por unanimidad el diploma de capacidad *con gran distinción*. La concurrencia dispensó una verdadera ovación al precoz artista, quien recibió un cariñoso abrazo de Mr. Gevaert, director del Conservatorio, y las particulares felicitaciones del Jurado, compuesto de los Sres. Príncipe de Caramau, Chimay, Leenders, Mertens y Sandré. Las composiciones designadas por el Jurado fueron: el preludio en *mi* mayor, para violín, de Bach; una sonata de Tartini, con

acompañamiento de piano; un preludio de Vieuxtemps, y el cuarteto número 17 de Mozart, ejecutado este último con el concurso de los artistas del Conservatorio.»

No debemos pasar en silencio, porque es un hecho altamente honroso para España, que el primer premio de piano y el segundo de contrapunto fueron adjudicados en la misma sesión á los jóvenes españoles Isaac Albéniz y Eusebio Daniel, pensionados en Bruselas por el rey D. Alfonso XII (q. g. h.) y por la Diputación provincial de Barcelona respectivamente.

Después de haber obtenido Fernández Arbós el premio de *capacidad* en el Conservatorio de Bruselas; permaneció en aquella capital algún tiempo; y habiendo ido Joachim á dar conciertos, le propuso que se fuera á Berlín á estudiar con él durante dos años. Aceptó nuestro compatriota, y transcurrido dicho tiempo, regresó á España.

En aquella época dió varios conciertos en provincias, y en el verano de 1883 fué contratado para dirigir un notable sexteto que hizo una brillante campaña artística en el Casino del Sardinero.

Después, este mismo sexteto recorrió la mayor parte de las provincias gallegas con éxito siempre creciente y lisonjero.

Luégo permaneció durante algún tiempo en Portugal, donde, en compañía del pianista Alejandro Rey y violoncellista Agustín Rubio, dió una notable serie de conciertos.

Desde Portugal fué Fernández Arbós á París con ánimo de instalarse allí y permanecer algún tiempo dedicado al estudio; pero, no pareciéndole lugar adecuado para ello, se trasladó á Berlín, y una vez en la capital de Alemania, comenzó á trabajar de nuevo con Joachim, el cual presentó á nuestro compatriota al público de Berlín tocando un duo con él. Desde entonces vivió Fernández Arbós en Alemania, tomando parte en todas las audiciones de los *Conciertos Filarmónicos*, recorriendo Bélgica, Holanda y Francia, hasta que, últimamente, tocando en Hamburgo, le ofrecieron y aceptó la plaza de profesor del Conservatorio de aquella ciudad en la clase de perfeccionamiento y primer violín director del Cuarteto.

Fernández Arbós, para quien el arte es una religión y el cumplimiento del deber, sin atenuaciones ni distingos, un culto, no obstante las múltiples atenciones que distraen su espíritu incansable ha tenido tiempo para dedicarse á la composición escribiendo algunas piezas que le acreditan de compositor inspirado. Últimamente ha escrito tres piezas

de carácter español, un bolero, una habanera y unas seguidillas que han tenido gran aceptación en Berlín, donde las ha dado á conocer Joachim en unión del pianista Hans de Bülow; y hace poco, al regresar á España, las ha dado á conocer en Bruselas, tocándolas en unión de nuestra compatriota Pilar de la Mora.

Es Fernández Arbós artista conocedor de los secretos del violín.

Su manera de tocar es una mezcla de la escuela alemana y de la escuela romántica, mezcla que, unida á su temperamento y vivacidad meridional, produce un conjunto artístico y original.

Fecundo, activo y laborioso, ha hecho brotar del arco de un violín raudales de armonía.

El género que de maravillosa manera domina es el de Bach.

Nunca hasta hoy se había dado á conocer al público madrileño; ésta es, por tanto, su primera aparición en la capital de España.

Ahora viene de Inglaterra y Escocia, en cuyas capitales han dado en ocho semanas cuarenta y dos conciertos.

El violín en que tocará en Madrid es un magnífico Stradivarius, que le ha confiado para que haga su aparición en esta corte su maestro Joachim.

El año anterior estando tocando en Schewening (Holanda) se quemó la Sala de Conciertos, no quedando de ella más que un montón de ruinas, logrando salvar de un modo milagroso su violín.

Cuando hace tres años vino de Alemania, tocó en palacio ante la familia real con objeto de demostrar los adelantos que había hecho; el rey Alfonso XII (q. g. h.) le entregó la encomienda de Carlos III para Joachim como muestra de agradecimiento por lo mucho que se había interesado, no sólo por Fernández Arbós, sino por todos los españoles que residían en Berlín.

Nuestro compatriota, mientras ha residido en Berlín, ha vivido siempre con otros dos españoles, Alejandro Rey y Agustín Rubio, los cuales eran apreciadísimos en los círculos musicales y en los de la mejor sociedad de aquella capital.

Fernández Arbós es franco, sensible, modesto; no tiene más amor que el arte, y nada busca ni apetece tanto como los puros goces que á la familia ó á la amistad le es dado solamente dispensar.

Le espera seguramente un brillante porvenir.

No es preciso decir, con estos antecedentes, que á Enrique Fernández Arbós no se le hace favor alguno ni se le presta lisonjero homenaje al declarar que es

uno de los jóvenes que más influencia ha de tener en lo porvenir en el arte musical de nuestra patria.

Con lo cual no afirmamos novedad alguna, sino más bien repetimos un juicio que anda en boca de las gentes entendidas é imparciales, y que nosotros hubiéramos querido repetir aquí con alguna originalidad relativa, para dar fin á esta pesada y enojosa silueta, que, si hubiera correspondido á su objeto y á su intención, sería, sin duda, la página más notable de este periódico.

Pero ni nuestras fuerzas llegan á tanto, ni es hora ya de prolongar más, con esta ocasión, su desacerchado empleo.

TEATRO REAL

CARMEN

POR fin hizo su entrada en el regio coliseo cooperando á una empresa caritativa. En tales circunstancias, y aunque el público no hubiese ido con objeto de apreciar las grandes bellezas que atesora la hermosa obra de Bizet, *Carmen* hubiera obtenido el triunfo seguramente.

La partitura de Bizet triunfó, porque de derecho le correspondía la victoria, y se impuso por el poder de su belleza.

El público, que conocía ya esta obra por haberla admirado en el teatro de la Zarzuela, la saboreó con singular deleite en el Real. Nadie se acordaba ya de la cuestión que originó *Carmen* al presentarse en Madrid; sus números despertaron aplausos espontáneos y nutridos; fué una victoria sin lucha.

Carmen es una ópera inspiradísima y admirablemente hecha. En todo el repertorio moderno francés quizá no hay ninguna en donde estén mejor tratadas las voces y la orquesta.

Algunos descontentadizos decían que la partitura de Bizet no tiene esas grandes bellezas de conjunto que arrebatan merced al exceso de sonoridad que en ellos producen la orquesta y los cantantes; ¡pero cuántas frases delicadas! ¡qué melodías tan aparentemente sencillas y tan verdaderamente inspiradas! Hay en la música de Bizet delicadísimos matices y notas de gran poder trágico, sin abusar para ello de recursos que pugnen con la sencillez. *Carmen* será, pues, obra de repertorio en nuestro primer teatro lírico.

Respecto de la ejecución, muy bien la señora Pasqua, que estuvo á la altura de su fama como actriz y como cantante.

Metellio fué aplaudido con justicia, é igualmente la señorita Pérez y Vaselli.

Los coros muy bien, y admirablemente la orquesta, dirigida por Mancinelli; éste tuvo que presentarse en escena, llamado por los aplausos del público, al finalizar el segundo acto.

Se repitió el precioso prelude del acto cuarto y algunos otros números de la ópera que no recuerdo en este instante. En suma: una hermosa partitura hermosamente cantada.

SOCIEDAD DE CONCIERTOS

EL quinto concierto verificado el domingo por la Sociedad que dirige el maestro Bretón, correspondió en un todo al *crescendo* iniciado en el primero, y cuyo *forte* debe ser el último de la temporada.

Dentro de este *crescendo* está dignamente representado el concierto, que en su primera parte del programa ofrecía el aliciente del estreno de una pieza musical del maestro Bretón, y los dos siguientes la novedad de tomar parte en ellas el célebre pianista francés Mr. Planté.

La preciosa overtura de Mozart, *Les noces de Figaro*, obra en que, como en todas las de aquel maestro inmortal, se demuestra su poderoso genio, fué muy bien dicha por la orquesta.

La serenata *En la Alhambra*, del maestro Bretón, es una bellísima cantiga morisca impregnada de poética melancolía, y que tiene mucho colorido y carácter, inspirada en el canto español con el corte de la melodía oriental, en que predomina el tono menor característico de nuestra música popular. Tiene dos motivos: uno nada más que esbozado, en que se vislumbra como la reminiscencia de una jota, y otro, el verdaderamente primordial, de aire de canto granadino, tan bella como primorosamente recogido é instrumentado, que los murmullos de aprobación premiaron la labor del maestro.

El canto del clarinete y oboe parece un aye lastimero, sirviendo á realizarlo el brillante acompañamiento con que le ha combinado el maestro Bretón.

El éxito extraordinario de la serenata de que hablo, repetida en medio de atronadores aplausos, ha añadido un triunfo más á los alcanzados en su carrera por el maestro Bretón.

El andante y el final de la sinfonía *La boda de Aldea*, de Goldmard, fué también admirablemente interpretada.

Y ahora diré algo del insigne pianista francés Mr. Planté.

Era ya conocido del público madrileño, y que le recordaba con cariño lo demostraron los aplausos con que le recibió.

Mr. Planté es el bello ideal del pianista. Sin acudir á procedimientos de esos que arrebatan á un auditorio ignorante; observando con sagrado respeto lo que los maestros han escrito, procura y consigue apoderarse de sus ideas, y hacer resaltar las bellezas de que están esmaltadas sus obras con una delicadeza inmejorable y una corrección desesperante para el que poco ó mucho conozca el mecanismo del piano. Así interpretó el concierto (ob. 25) de Mendelssohn, haciendo sentir la melancolía y la distinción de que está impregnada.

Sobrio hasta más no poder, ni recarga una nota, ni acentúa una frase, ni aumenta una sola pausa.

La delicadeza y limpieza de la ejecución es tan prodigiosa y tan distinguida al propio tiempo, que causa tanta maravilla como arrebató.

Á los cuatro números, *Gavota*, de Gluck; *Serenata*, de Berlioz; *Coro de hilanderas*, de Wagner, y *Gran rapsodia*, de Listz, que interpretó solo, en la tercera parte agregó el *minuetto* de Bocherini para saciar el frenético entusiasmo de la concurrencia.

Pero cuando el entusiasmo llegó al último límite fué en la *Tarantela*, de Gottschalk, acompañada de la orquesta. Las aclamaciones de la locura se sucedían con vertiginosa rapidez, aunque contenidas á duras penas para no perder una sola nota; sin embargo, al final se desbordó el torrente, y tanto la primera vez como en la repetición, me quedé sin oír los últimos acordes. La ovación fué tributada por igual al *solista* y al maestro Bretón en representación de la orquesta, que estuvo á inmensa altura tanto en la *Tarantela* como en el brillante concierto de Mendelssohn.

Antes de proseguir, diré que Mr. Planté es un pianista de ejecución maravillosa; de corrección y pureza incomparables; conocedor de piano como pocos, y al que arranca sonidos y timbres á que no estamos acostumbrados el común de los mortales con mano izquierda, que iguala ó supera á la derecha, y un maestro, en fin, que domina y arrolla las dificultades como á poquísimos les será dado hacerlo. En una palabra, Planté es á mis ojos, como antes dije, el bello ideal del pianista.

La *overtura* de *Messalina*, de Mancinelli, de igual corte que la *Cleopatra*, del mismo autor, también mereció los honores de la repetición, más que por su

mérito, por la admirable manera con que la orquesta la avaloró, dándola gran realce.

Terminó el concierto con la *Marcha de las Antorchas*, núm. 2, de Meyerbeer.

*
* *

El verificado el domingo 11 del actual por la orquesta que dirige el maestro Bretón, ha sido de los más notables de la temporada.

Pocas veces hemos visto en el Circo del Príncipe Alfonso concurrencia tan numerosa y selecta.

Desde muy temprano no quedaba una sola localidad en el despacho.

El afán por oír á Mr. Francis Planté era grande.

El pianista francés cuenta muchos triunfos alcanzados ante todos los públicos de Europa; pero ovación más ruidosa y más entusiasta que la del domingo último no es fácil que tenga precedente ni que se repita.

Comenzó el concierto con la quinta sinfonía en *do menor*, de Marqués.

Revela su autor en esta sinfonía que sabe hacer é instrumentar música, pero que le falta fuego é inspiración.

Al presentarse Mr. Planté á ejecutar al piano, acompañado por la orquesta, el concierto en *mi menor*, de Chopín, fué objeto de la primera ovación; después las aclamaciones y los bravos atronaron la sala, sobre todo al concluir la *romanza* y el *rondó*, piezas que el ilustre instrumentista matizó con un arte que no puede ser igualado.

En *El Capricio*, *La Serenata* y *La Caza*, de Mendelssohn; en la *Giga americana*, de Reudon; en la *Tarantela*, de Nicolás Rubinstein, y en la *Melodía húngara*, de Listz, se repitieron las mismas demostraciones de entusiasmo; pero donde el delirio del público rayó en los límites del frenesí y la locura, fué al ejecutar la *Tarantela*, de Gottschalk, no anunciada en el programa.

Muy contadas veces se ha presenciado una ovación semejante; todos, sin excepción, aplaudían ó aclamaban al insigne pianista; algunos levantaban al aire los sombreros; muchas señoras de los palcos y las galerías agitaban los pañuelos; en suma, una despedida cariñosa como se ven pocas.

Recibió tres artísticas coronas, una de nuestro compatriota el célebre pianista Isaac Albéniz y sus discípulos, otra de los profesores del Conservatorio Sres. Zabalza, Mendizábal y Tragó y sus respectivos discípulos, y la tercera de un compatriota de Planté.

Yo no conozco artista como este pianista admira-

ble. Su arte encuentra siempre la nota, la expresión, que há menester para revelar todos los matices y todos los sentimientos de la obra que interpreta, y sin perder el dominio que su alma ha de ejercer sobre sí misma, para realizar la belleza; dueño de sí y en la posesión perfecta de todas sus facultades, obra aquellos prodigios que son la admiración y el asombro de cuantos tienen la fortuna de aplaudirle y admirarle.

Así es que la prensa no ha sabido cómo elogiar á Mr. Planté, y ha tenido que resumir sus elogios diciendo que es el primero entre los mejores. Yo no recuerdo que ningún concertista haya obtenido del público y de la prensa madrileña tales admiraciones.

El *scherzo* de *Isora di Provenza*, de Mancinelli, es un número bellissimo, original é inspirado, que mereció los honores de la repetición.

Terminó el concierto con el final de *Les Erinnyes*, de Massenet.

SALÓN ROMERO

EL jueves 8 del actual fuimos invitados á la sesión íntima dada por el eminente pianista Mr. Planté en el elegante Salón Romero.

Llenaba por completo el salón cuanto Madrid encierra de notable y distinguido.

Que el insigne artista hizo verdaderos prodigios interpretando un programa de lo más selecto, compuesto de obras de Weber, Beethoven, Chopin, Mendelssohn, Brahms, Rubinstein y Listz, no es menester que lo diga para que nuestros lectores lo crean.

En esta sesión íntima se mostró Mr. Planté aún más artista, si esto es posible, que en las audiciones de la Sociedad de Conciertos.

Como muestra de la inspiración y vigoroso extro que campea en los versos escritos por el insigne poeta Marcos Zapata para la zarzuela *La Campana milagrosa*, insertamos las siguientes quintillas:

«Érase el romper de un día
Con el de hoy muy semejante,
negro el cielo amanecía,
y yo en mi lecho dormía
en plácido sueño amante.

De repente... oigo caer
el aldabón de la puerta,
me levanto, echo á correr,
llego al fin, la dejo abierta,
y penetra una mujer.

Joven, de aspecto abatido,
de beldad lánguida y mustia,
cuerpo aprisa envejecido,
la miseria en el vestido
y en el semblante la angustia.

Avanza pausadamente
grave, encorvada, doliente
y con el brazo derecho,
le da su amoroso pecho
abrigo á un ser inocente.

¡No vi nada más cruel!
¡Nada tan mísero y pobre!
Aquí está su imagen fiel
como esos bustos que en cobre
suele estampar un troquel.

Con dulce y piadoso acento
mi hospitalidad reclama,
yo se la otorgo al momento,
se instala en ese aposento
y al poco rato me llama.

«Vengo, me dice al entrar,
de cuerpo y alma deshecha
á esta gruta, Baltasar,
donde podemos hablar
para morir satisfecha.

Llego hasta vos con la fe
del naufrago que se lanza
derecho al faro que ve,
y abrigo la confianza
de que no me equivoqué.

¡Qué escena, Virgen María,
tan desgarradora y fiera!
¡Oh qué mañana! ¡Qué día!
¡Aquí dentro la agonía!
La tempestad allí afuera.

Poco á poco se apagaba
aquel débil corazón,
y á la par que agonizaba
un angel recomendaba
á mi celo y protección.

Depósito tan sagrado,
juro ligar á mi suerte,
y tomo el triste legado
de aquel seno, casi helado
por el soplo de la muerte.

¡Su cabeza se desploma,
su alma al fin tiende su vuelo!...
semejante á la paloma,
que partiendo de una loma
sube á perderse en el cielo...»

DON QUIJOTE

SEMENARIO

POLÍTICO, ILUSTRADO, SATÍRICO, LITERARIO Y DE ESPECTÁCULOS

Este semanario dedicará preferente atención á la sección artística en todo lo referente á música y teatros, tanto en Madrid como en provincias y en el Extranjero.

En el número inmediato expondremos el plan de la nueva sección que inauguramos.

DICCIONARIO RECOPIADOR

DE LOS

PUNTOS DE DERECHO RESUELTOS
en sentencias del

TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA

con un informe de la

ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA

POR

P. SAENZ HÉRMUA

Cuatro tomos en rústica, 86 pts. Provincias, 87,50
certificado. Venta en casa del autor Claudio Coello,
17, tercero derecha.

SUPERIORES CHOCOLATES

DE

MATÍAS LOPEZ

MADRID-ESCORIAL

Venta en 1886, 4.000 000 de paquetes.

Este dato demuestra la importancia de
la Casa y la predilección del público por
esta marca.

TES, CAFÉS, SOPAS

De venta en todos los establecimientos
de ultramarinos y confiterías de España.

EXÍJASE LA VERDADERA MARCA

ENSEÑANZA LIBRE

Preparación especial para obtener el grado de Bachiller en Mayo y Septiembre próximos, aunque no se tenga aprobada ninguna asignatura, y el de Licenciado en Derecho, etc., en breve tiempo. Se admiten internos. Prospectos enviando sellos. Director, D. Justo de Romaña.

SAN BERNARDO, 68

Academia-pensión de Cervantes.

AGUAS MINERALES FERRUGINOSAS

Fuente Herrumbrosa de Santa Elena, recomendada por distinguidos profesores.

Curan las clorosis, anemias, caquexias, estados palúdicos, fiebres intermitentes prolongadas, inapetencias, leucorreas ó flujos blancos, y en general to-

DENTICINA INFALIBLE Lo saben las madres. Ni un niño se muere de la dentición, pues los salva aun en la agonía, brotan fuertes dentaduras, reaparece la baba, extingue la diarrea y accidentes, robustece á los niños y los desencanija. Una caja, 12 reales, que remite por 14 el autor. P. F. Izquierdo, Madrid, Sacramento, 2, botica, y plaza de la Villa, 4, por mayor, y en todas las boticas y droguerías de España.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE

EUGENIO ANGLÉS

Sacramento, 10, Madrid

das aquellas enfermedades que dependan de empobrecimiento de la sangre ó debilidad profunda del organismo.

Están altamente indicadas en las afecciones nerviosas por atonía del estómago, y de la matriz, en el herpetismo y en las escrofulosis.

Ancha de San Bernardo, 26, segundo.

SUMARIO

TEXTO: Crónica, por Fr. Miopé.—Niñerías, por Antonio Sánchez Pérez.—A mi chacha (poesía), por J. López Silva.—Murmillos de la vía, por Calixto Navarro.—Histórico (poesía), por Juan Pérez Zúñiga.—La música y el oro (conclusión), por Antonio Guerra y Alarcón.—Al Sr. de Foraster (poesía), por Francisco Jaime y Maimar.—Victimas, por José Huertas.—Epitafio, por José Brissa.—Espectáculos.—Sueltos y atados.—Comunicaciones.—Anuncios.

GRABADOS: Comparaciones, Duro y á la cabeza, Los conocimientos y Los viernes de los Sres. de Vinagrillo (continuación), por *Mecachis*.—En marcha, paso doble para piano, por José María García y Portales.

IMPORTANTE

En atención á la solemnidad del día en que debería publicarse el próximo número, se publicará el sábado.

CRÓNICA

VÁLAME Dios, Sancho, y quién hubiera de haberme dicho que talmente habías de ser político que sólo en la política pensaras y sólo con la política hubieras de ocuparte.

—Noche su merced sobre mí toda la culpa, que, á fe que si no hubiera de por medio la insula prometida, ocupárame menos ciertamente de asuntos que nada me importarían; mas el deseo natural y justo de ejercer mi cargo, cuando sea gobernador, con completo conocimiento de los hombres y de las cosas, son causa bastante á que yo me cuide y mucho de la cosa pública.

—Bien haces en eso, hijo; razón te sobra, pues nada hay más difícil en este mundo que gobernar un pueblo justamente.

—¡Difícil gobernar! En eso sí que la yerra su merced; por mi cuenta, ha de ser la cosa más sencilla del mundo; de otro modo no tendríamos tanta abundancia de gobernantes.

—También en eso tienes razón sobrada, buen Sancho; tenemos, en efecto, abundancia de gobernantes; y por más que el refrán dice «lo que abunda no daña», tengo para mí que se equivoca en esta ocasión; mas ya que á la política te has entregado tan por completo, cuéntame algo de lo que en política sucede. ¿Son ciertos los rumores de crisis que con tanta insistencia circulaban?

—Yo le diré á su merced: lógicamente la crisis debería haberse ya planteado hace tiempo, y esta opinión mía la justifican las disensiones intestinas que existen en la mayoría; los ministros y los diputados, en lugar de vivir unidos, tiran cada uno por su lado: Cañamaque con Balaguer, con el ministro de Fomento el conde de San Bernardo, Martínez Campos y otros generales de la *infusión*, ó como eso se diga, pues sabe su merced que no soy muy instruido, con el ministro de la Guerra; Gamazo y los suyos con el de Hacienda, y todos entre sí la emprenden entre

sí también todos los días; pero D. Práxedes es in-anovible, no quiere irse; porque ¿qué sería sin él de sus ministros? Y no quiere que sus ministros se retiren, porque, ¿qué sería de él sin ellos?

—¿Y de D. Francisco Romero Robledo no tienes nada que decirme?

—Ya lo creo que tengo que decir, y mucho; pero seguramente quién pudiera hablar más mejor que yo de este señor es el ministro de la Guerra, contra cuyas reformas militares enderezó el Sr. Romero su magnífico discurso de los días 15 y 16 del corriente; con perfecto conocimiento de causa, con gran copia de datos y con la claridad de expresión que le caracteriza, analizó las reformas del Sr. Cassola, puso de relieve sus defectos, que son muchos, probó sus injusticias, que no son pocas; y resumiendo, trituro al autor de los proyectos con aplauso de todos los que le escucharon, á excepción, como es natural, del asendereado ministro, á quien demostró que sus reformas no podrán ser ley nunca.

—Pláceme sobremanera, Sancho amigo, lo que me cuentas, pues no soy yo tampoco muy partidario de reformas tales, y uno desde luego mi aplauso á los que ha recibido el insigne orador; pero ya de esto hemos hablado bastante; dime, Sancho, ¿podrás explicarme á qué obedece el nuevo uniforme de los barrenderos? No sabes tú lo mucho que me preocupa el verlos tan inarciales y tan apuestos: me recuerdan cuando los miro los soldados de la zarzuela *Cuba libre*, que vimos en Apolo una noche.

—Ahí le duele, señor, ahí le duele; y si su merced jura guardarme el secreto, le diré que la idea de esos uniformes obedece á que, según dicen, piensan mandarlos á barrer á la Habana eso del *estado satisfactorio del bandolerismo* y de las oficinas y de yo no sé cuántas cosas más; por eso ha sido el dar á los barrenderos ese sabor ultramarino-militar que su merced ha observado; y en cuanto al día escogido para el estreno, no es otra la razón que la de celebrar más dignamente el santo de nuestro primer alcalde y organizador de festivales lírico-infantil-municipales.

—Pero que siempre has de ser, Sancho, maldiciente.

—Lo seré nora buena, puesto que su merced lo dice; pero yo le aseguro que nosotros los rústicos, maldicientes y todo, no carecemos á veces de buen sentido, y quizás, y sin quizás, no ande yo muy equivocado en lo que digo; y en todo caso, si no son ésas las razones que ha tenido nuestro alcalde su merced convendrá conmigo en que podía serlo, á menos que piense organizarlos para caso de guerra europea.

—¿Pero crees tú que pudiera haber guerra, Sancho?

—Eso nadie se atrevería á asegurarlo; por ahora parece que no; porque el emperador Federico III, que antes era *Coroprice* ó *kronprinz*, ó como le llaman, es un hombre muy llano, y si no se desgracia iremos trampeando algún tiempo más.

—Cosa de que debemos alegrarnos, hijo Sancho, que siempre las guerras fueron temibles, y mucho más una como sería ésta si estallara.

DURO Y Á LA CABEZA.



¡Ay que apabullo
tan colosal!

Numca en mi vida
vi cosa igual.

—Yo, señor, por mi parte no la deseo aunque supiera que con ella entraba desde luego en el gobierno de mi insula, que es, como usarcé sabe, lo que más ambiciono y lo que no dudo me cumpliría su merced, pues sobradas ocasiones tendría de hacerlo, y de fijo conquistaría insulas bastantes, no sólo para mí, su fiel escudero, sino, aunque son muchos, para todos los que, sin ser Sanchos, esperan como yo ser gobernadores.

FRAY MIOPE.

NIÑERÍAS

No me parece mal, antes por el contrario me parece perfectamente, que la Junta de primera enseñanza de Madrid haya determinado celebrar una fiesta para los niños concurrentes á las escuelas municipales.

Hacer que niños y niñas paseen, canten, merienden en el campo, desfilen al son de alegres músicas y se entreguen durante algunas horas á regocijados esparcimientos propios de la infancia, es, á mi manera de ver, infinitamente mejor que llevarlos, disfrazados de mamarrachos, á bailes de máscaras que perjudican su salud y despiertan prematuramente su malicia.

Pero, por lo mismo que aplaudo incondicionalmente los propósitos laudables de la ya mencionada Junta, ocurrenme algunos reparos que poner al programa discurrido para realizarlos. Bien entendido que de ese programa sólo sé algo que *El Liberal* ha dicho; si, lo que no creo, ese popular periódico se equivoca ó ha sido mal informado, téngase por no escrito lo que voy á escribir y como si nada hubiera sucedido.

Pues, señor, cuenta *El Liberal* que á las diez y media de la mañana del día designado para la fiesta (que será hacia mediados de Abril próximo venidero) se reunirán las escuelas de uno y otro sexo, por distritos, en sitios/espaciosos que al efecto se designarán.

Y cuenta además que, formados los niños por secciones ó escuelas, se dirigirán al Hipódromo, llevando al frente al teniente alcalde y concejales con sus estandartes de color distintivo.

En esta parte del programa no se menciona á los maestros, ni se designa sitio á las maestras, que—dicho sea sin ofensa de nadie—significan en la fiesta algo más que los tenientes de alcalde y que los concejales.

Quiero suponer, y supongo, que esta omisión ha sido involuntaria, y que los señores profesores irán al frente de sus respectivas escuelas con ó sin estandarte, porque ese accesorio, puramente decorativo, no me parece de necesidad absoluta.

Después de algunas otras indicaciones de escasa importancia relativas al asunto de los estandartes, leo en el programa que la real familia llegará al Hipódromo á las doce de la mañana y será recibida al son de la Marcha Real, que entonarán los niños probablemente á voces solas; ya diré algo sobre esto más adelante.

Y sigue diciendo que, una vez ocupada la tribuna

real, los niños entonarán un himno á *La Patria*, otro *Al Rey*, otro á *La Caridad*, otro *Al Ayuntamiento*, y otro no sé á quién, que se titulará *Los vendimiadores*.

Y deberían entonar otro á las *anginas*, que según todas las probabilidades, padecerán, al día siguiente los pobres muchachos.

Luego se verificará el desfile, durante el cual, por si el público no se había enterado, entonarán los niños otra vez el himno á *La Patria*.

Después de lo cual se entregará á cada uno de los niños una empanada de ternera, un panecillo de Viena, una naranja y confites, para que tomen un refrigerio, que bien lo habrán menester los infelices después de tantos himnos.

Porque fíjense ustedes en esto: á continuación de un paseo, que no es corto por cierto, hasta el Hipódromo, los escolares tienen que entonar las siguientes piezas:

Marcha Real, una; himno á la Patria, dos; himno al Rey, tres; himno á la Caridad, cuatro; himno al Ayuntamiento, cinco; himno á los vendimiadores, seis; otra vez himno á la Patria durante el desfile, siete... Nada, una ópera completa.

Por mucho menos que esto daban á la Patti *cincuenta mil reales*.

¿No creen ustedes que es demasiado cantar para tan frugal desayuno?

Ya sé yo que los niños cantarán con gusto y se desgañitarán voceando á cual más pueda; pero justamente por eso en la prudencia de las personas mayores está en evitarles el trabajo que no sea absolutamente preciso.

Y salta á la vista que, sin menoscabo del lucimiento de la fiesta, podrían sus organizadores prescindir de algunos himnos.

Desde luego el proyecto de entonar la Marcha Real á voces solas es de todo en todo irrealizable.

Basta conocer, aunque sólo sea muy superficialmente, las dificultades que ofrece la dirección de grandes masas corales para saber que doce ó quince mil voces de niños producirían una algarabía endemoniada é insoportable. No; la Marcha Real debe ser tocada, como lo ha sido siempre, por bandas militares, que para banda militar está escrita.

No comprendo tampoco la razón de que en una fiesta que, al fin y al postre, dispone el Ayuntamiento, se cante un himno al Ayuntamiento; que es, en definitiva, como si los señores concejales se festejasen á sí mismos; creo, pues, que rindiendo homenaje á la modestia concejil y teniendo caridad para con las laringes infantiles, debería suprimirse el himno al Municipio, que en puridad no es muy acreedor á que le entone himnos el vecindario.

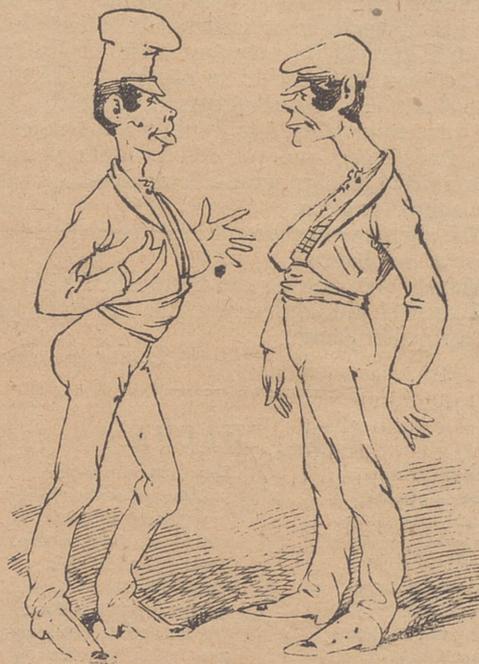
Paso por el himno á *La Patria*, aunque lo de repetirlo lo tengo por innecesario.

Y no continúo diciendo los cánticos ó himnos que podrían suprimirse, temeroso de que mis lectores vean en mis palabras intenciones políticas, de las cuales declaro que no han influido para nada, absolutamente para nada, en estas sinceras indicaciones.

Soy, he sido siempre, amantísimo de los niños; el deseo de su bien me guía; lo que puede alegrarles, me alegra; lo que puede favorecerles, me regocija; y



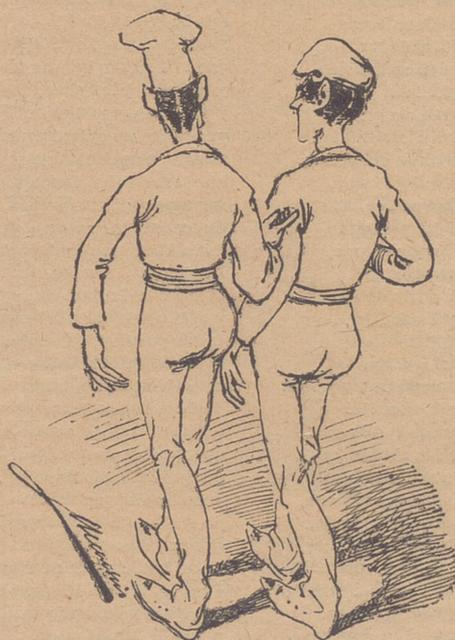
—Pus míste, señá Pepa, vengo pa que haga el favor de poner su firma en esta libranza, porque me acaban de icir que no la puedo cobrar sin el conocimiento de un comerciante con casa abierta.



—Oye tú, ¿pus no me piden en conocimiento pa cobrar esta letra? ¡Mardita sea! Mía que pedirme a mi conocimientos, cuando toda la policía me conoce?



—Es preciso que traiga Ud. conocimiento.
—Pus no sé que más conocimiento he de traer, cuando hoy ni siquiera he tomado el aguardienté.



—¿Y qué viene á ser eso del conocimiento?
—Pus es una cosa así, pongo por caso, como la inmovilidad del domicilio doméstico, ú pa que lo comprendas mejor, es uno de los derechos individuales de cada individuo. ¿Estás?

me apena y me acongoja lo que pueda perjudicarles.

En estos sentimientos se han inspirado mis reparos, de los cuales los organizadores de la fiesta infantil harán el aprecio que más conveniente les parezca.

En el programa referido se añade que al día siguiente el *alcalde* obsequiará con un almuerzo en el Retiro á los concejales, á la Junta y á los maestros.

Esto nada tiene que ver con la fiesta de niños; pero como está en el programa lo menciono, y deseo que de salud los sirva.

Y dice además el programa: *esté banquete será pagado por el Sr. Abascal.*

Corriente: bien que no era necesario decirlo, porque, si es el *alcalde* quien obsequia, claro es que él ha de ser quien pague.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

Á MI CHACHA

Mulata del *arma* mía,
vidiña de mi persona:
mardita sea mi estampa
y malos *mengues* me coman
el *garlochí* y el *pechito*
con una *carpa* rabiosa;
asin me se caiga el pelo
antes de pasar dos horas;
asin me vea en la *trena*
enchiquerao á la sombra,
derramando por los *chisos*
lágrimas como *beyotas*,
y no pueda *diquelar*
tu *fla* *entusiasmadora*,
ni tus *pinreles* gitanos,
ni los *piños* de tu boca;
asin *premita* el Señor
el que me den en la horca
diez mil *guertas* al *gañote*
con una *guita* *mu* gorda,
si al *partarte* á la *consinia*
no fué por causa del posma
del sargento *Boquerones*,
que *describió* una *epístola*
pa una señora parienta
que no sé lo que le toca,
y quería hacerme *dir*
con *eya* al barrio de Pozas.
Al oír aquel mandato,
perdí la *pacencia* toda;
y fué tal mi *indisnasion*,
que en el *mesmo* punto y hora
fui ¡zas! y le *ensondiné*
dos *trompás* en la *chinostra*,
hasiéndole dos *chinchones*
lo *mesmo* que dos *pelotas*.
Él fué y me dió una *gayeta*,
y yo, en la defensa propia,
le eché al *pisquezo* las uñas,
que las tenía nerviosas;
y tanto apreté, que... vamos,
si no le quitan me *ajoga*.
Le dió parte al *comendante*
el capitán *Cantimplora*,
que ya me está á mi *cargando*
con sus partes y sus cosas,
y me arrestaron, lo cual
que lo tengo á mucha honra.

Esta es la pura *chipén*,
y el que te cuente otra cosa
es un *lipendi* *sin* *tacha*
que te *quie* *diñar* la coba.
Ya sé que no faltarán
algunos *cachos* de *rosca*
que por envidia te digan
que me han *diquelao* con otra;
pero no les *hagas* caso,
chiquiña, no seas tonta,
que el *arma* de este *sordao*
es *pa* tí, *pichorrondona*.
¡Yo con otra, Virgen Santa,
distinguiéndome una Lola,
que es la gitana más *tirgida*
que ha *salío* de la Rioja!
¡*Cambearte* por otra á tí,
que te *trais* tan buenas cosas,
y te *timas*, y te *baillas*,
y te *cantas*, y te *tocas*...
y... en fin, no quiero pensar
en esto, porque te *costa*
que si me *enrito*, Dolores,
soy *capáz*, por tu *presona*,
de comerle la *asaúra*
hasta al *mesmo* *zuzun* *corda*.
Hoy ha *estao* á *vesitarme*
el novio de la Ramona,
y *quie* que le haga del cuerpo
dónde yo estoy, que en la tropa
es el que más se *destingue*,
como tú sabes de *sobra*.
Ya he *tratao* de esta *custión*
con el *surteniente* Acosta,
que me *aprecia* más que al *gayo*
porque le limpio las botas,
y me ha *dao* una *tarjeta*
pa el *ministro* de la *Gorra*,
que es primo *caraná* de un tío
de un hermano de su novia.
Creo que á la *fin* le harán
del cuerpo á ese *papamoscas*;
pero dile á su *chavata*
que hay que darle alguna cosa
al *citao* *surteniente*
pa que se tome una *copa*.
Esto es lo que se acostumbra
á hacer entre las *presonas*

que saben lo que es *pulítica*,
y educación y *presodia*.
Dolores del *arma* mía,
luz de donde el sol la toma;
mañana sin falta alguna,
cuando salgas á la compra,
no dejes de *aprosimarte*
á la taberna del *Cosca*,
donde estará tu *chachito*
más *chatao* que una *canoá*,
esperándote *pa* echar
unas *limpias* de Monóvar.

Bájate un par de pesetas
porque no tengo una *mota*,
y va ya *pa* tres semanas
que estoy fumando de *moga*.
Adiós, *hurui* del desierto,
hermosísima paloma;
no te se olviden los cuartos,
y recibe en esa boca
dos mil *miyones* de besos,
que te envía por la posta
este *sordao*, que te quiere
más que Dios. — *Cañuto*.

Es copia.
J. LÓPEZ SILVA.

MURMULLOS DE LA VÍA

¿DABA usted, *señá* Blasa, ¿qué voces eran las que daba usted esta *madrugá*?

— ¡*Caye* usted, señora!... Mi hombre, que es de lo más *perdió* que *s'ha* visto.

— Pues él *chiyóla* gordo también.

— Como que estaba *d' aquí*.

— ¿A esas horas?

— Sí, entonces venía á acostarse.

— ¿A las cinco?

— Cuando han *cerrao* la taberna... *pa* *golverla* á abrir de *seguita*.

— Pero si dicen que *dende* la una en adelante ya no se *premite* á *naide* *drento*.

— Cosas de la *autoridá*; pero el *resultao* es que á puertas *cerrás* cogen los hombres *ca* *cogorza*...

— Pero ¿y los guardias?

— Tan *güenos*, gracias.

—><

— Pero, Charpa, ¿tú has visto? Y luego dirán que el Ayuntamiento excelentísimo no cuida de sus hijos *prediletos*.

— No *m'enterao*; ¿*c' hay*?

— ¿Pero es que no has visto los *meriñaques*, ú cosa así, que por *mor* de la decencia han *colocao* en la Puerta del Sol?

— ¿Unas especies de *barandiayas* *p'apoyarse*?

— ¡*Eli!* Pus *güeno*: *ayi* no haces más que meterte por una puerta y salir por la otra, y de *ca* vez, sin tú enterarte tan siquiera, te sacas *amartiyaos* un par de relojes *inculsives*.

— ¿Y *pa* eso lo han puesto?

— ¡Digo yo! Y en último caso, si algún señorito lo *yeba* á mal, le das un *viaje* sin que se entere la cubeta del *recétaculo*.

— ¡*Miá* tú que está bien *ideao*!

— ¡Ayuntamiento puro, hombre!

—><

Pero, Jesusa, ¿no había tu padre *encontrao* ya trabajo?

— En la Plaza Mayor lo recibieron el sábado *para* despedirlo el lunes.

— Ay, hija, es que *paece* que están tocando una flauta. Tapan un *agujero* y destapan cuatro.

— Lo que hicieron con mi hermano tuvo más gracia.

—Me lo ha *contao*: le mandaron á trabajar cinco barómetros fuera e puertas.

—*Pa yegar ayá* á las seis, pues tenía que salir de casa á las cuatro.

—Naturalmente, y dejando al trabajo á las seis...

—Pues no *yegaba* á casa hasta las ocho: y es claro... *s'aburrió*...

—Y lo dejó *pa* otro.

—*Mia* que está el *Mucipio*... que yo entiendo...

—Si pides trabajo, te dan la *tostá* sin pan ni manteca. Si pides limosna, te *yeban* aonde note dé el sol; y si *quiés mangar* algo...

—Lo *yeban* á mal y te *apiolan*.

—Así hay tanto guardia de *seguridá*.

—Pues seguros están también.

—Pero si aquí no hay *naide* seguro más que los que mandan.

—¿Seguros de que?

—De que cada vez lo hacen peor.



—Pero, hombre, *¿s'ha fijao* usted las noches que llueve, nieva, *ú* hace frío?... No se ve uno ni *pa* un medio.

—Y es natural; ¡pues apenas si *tien responsabiliá* con las esclavinas *charolás!*

—¿Y los serenos?

—Lo mismo: hay que dejar á cubierto el *prencipio* de *autoridá*.

—Pero, *¿y* los *granas*?

—Esos están en la *caye*, y como la *caye* es de *tóo* el mundo...

—¡Velay!

CALIXTO NAVARRO.

HISTÓRICO

(Conclusión.)

Lleno de dudas quizás el por qué preguntará de lo que sigue; ¡oh lector! compra el número anterior y si lo lees lo sabrás.

Los chocolates mejores (dijeron á Celedonia) y los cafés superiores los expende *La Colonia*.

De tienda tan elogiada fué en busca la pobreilla, recorriendo apresurada varios puntos de la villa.

«Es posible que no halle lo que busco?» (murmuró), mas, por último, en la calle de la Bolsa lo encontró.

Entró en la tienda pidiendo buen café y buen chocolate; los pagó, se fué sabiendo que no hacía un disparate.

Y á la mañana siguiente puso á sus amos café, y le hallaron excelente Cucufate y Bernabé.

Lejos de ver con disgusto

Don Cucufate la broma, se relamía de gusto ante aquel hermoso aroma, diciendo fuera de sí al ama: «Dime, ¿por qué desde el día en que nací no me has dado este café?»

Esto es café, Celedonia, pero bueno de verdad. ¡Bendiga Dios *La Colonia* por toda una eternidad!»

El ama, de gozo llena y de buen éxito en pos, á la hora de la cena dió chocolate á los dos.

Y al concluir de cenar Bernabé ¡quién lo diría! no cesaba de elogiar lo que antes aborrecía, repitiendo á Celedonia: —«¡Esto sí que sabe bien! Bendiga Dios *La Colonia* por siempre jamás amén.»

Ambos viejos celebraron acuerdo tan oportuno; ya sus quimeras cesaron por causa del desayuno,

y sin el menor reproche siguen tomando con gana chocolate por la noche y café por la mañana;

habiendo vuelto á engordar gracias á la Celedonia y á los géneros sin par que fabrica *La Colonia*.

¡Qué moka! ¡qué Puerto Rico! ¡qué caracolillo expende!

De seguro se hace rico quien tan buenas cosas vende.

¡Qué chocolates tan buenos, sin cañamones, ni asfalto, ni engrudo, ni otros venenos que á Dios levantan en alto!

Dejando añejos estilos y adoptando el que es mejor, lo vende por medios kilos y gana el consumidor.

La fábrica es un modelo

que puede dar jaquemate á otras de mucho más vuelo, siendo la que surte al cielo de café y de chocolate.

Pues el angel que ha buscado por encargo del Señor género tan codiciado, en el mundo no lo ha hallado más barato ni mejor.

Si has leído de corrido este anuncio-poesía, exclamarás aburrido:

«¿Para qué habré yo leído semejante ñoñería?»

No es ñoñería, no tal, ni es un reclamo formal hecho mejor ó peor; es... ambas cosas, lector, si no lo tomas á mal.

JUAN PÉREZ ZUÑIGA.

LA MÚSICA Y EL ORO

II

HE demostrado de evidente manera las excelencias de la música como lenguaje. Ahora procuraré explicar las del oro, de ese otro lenguaje que posee el raro privilegio de desarrugar el ceño del más adusto.

Muchas personas creen que el oro es la panacea universal que todo lo remedia, que todo lo cura.

Para semejantes personas, la más sublime de las melodías no puede compararse con el ruido que produce el choque del oro.

Se rinden con armas y bagajes ante la muda elocuencia de una moneda de cinco duros.

El oro, preciso es confesarlo, constituye la base de innumerables esperanzas, el objeto de muchísimos cálculos y el fin de la mayor parte de nuestras aspiraciones.

El precioso metal sirve para todo, hasta el punto de observarse en no pocas ocasiones que ni la desgracia, ni los lazos de la amistad, ni el amor de la familia, inspiran ni conmueven tanto como un puñado de monedas de oro.

Bien es verdad que nuestro amor al oro nace del profundo convencimiento en que estamos de que el oro todo lo allana, todo lo facilita, todo lo consigue.

Esto es evidente.

A pesar de todo, me hace padecer la idea de que tal vez el más grosero de los metales pesa más en la balanza del siglo que todos los adelantos de la época presente.

Pero no hay más remedio que conformarse; no queda otro recurso que seguir la senda que nos está trazada, porque, al fin y al cabo, yo soy el primero que busco oro escribiendo estos artículos, persuadido de que sin oro no podría vivir.

No hay un solo ser de cuantos se pasean por el mundo que consiga sustraerse al reconocido influjo del lenguaje del oro.

LOS VIERNES DE LOS SEÑORES DE VINAGRILLO (continuación), POR MECACHIS



96. Aquel infernal ruido acabó por despertar á D. Melquiades.



98. Y dando traspies, se encaminó como pudo al sitio de la hecatombe.



97. Y sin reparar en que se hallaba en paños menores, saltó del lecho.



99. Aquella aparición fantástica acabó de trastornar el juicio á las señoras.

LOS VIERNES DE LOS SEÑORES DE VINAGRILLO (continuación), POR MECACHIS.



100. Hasta tal punto, que en el paroxismo del horror, se taparon la cara con las manos lo mejor que pudieron, para no ver semejante espantajo.



102. Cuyo llanto se limpiaba con el dorso de la mano, en vista de que no lograba dar con el pañuelo.



101. Ante aquellos desastres, D. Melquiades rompió en copioso llanto, cosa que no extrañará á nadie si se tiene en cuenta que las pitimas, digo, no, los cólicos de este señor fueron siempre llorones.



103. En esto la policía juzgó oportuno intervenir de un modo contundente, y por primera providencia prendió á D. Melquiades por manifiestas ofensas á la moral.

La más poderosa de las razones no convence tanto como una moneda de cinco duros.

El oro, además de ser un lenguaje universal, es considerado como rey del mundo.

Trabajar un día y otro día, hasta conseguir formar parte de la corte de tan gran monarca, es la ocupación constante de la humanidad.

El oro es tan necesario, tan absolutamente preciso, que con tal de adquirirlo nadie repara en sacrificios.

Lo que se desea es obtenerlo, y si es posible en poco tiempo, muchísimo mejor.

Y como un propósito decidido y una voluntad firme dan generalmente por resultado aquello que se busca, á nadie sorprende que el que se alberga en una miserable buhardilla pase de la noche á la mañana á ser dueño y señor de un hotel con honores de palacio por su suntuosidad y magnificencia.

Pero también es posible que el secreto de tan completa transformación se oculte cuidadosamente entre los pliegues de la dudosa conciencia del que fué inquilino de la buhardilla.

—¡Qué felices son! dicen las gentes fijándose en los dueños de palacios, en los que van en coche, dan banquetes y grandes bailes, tienen abono en los teatros y viven en medio de la suntuosidad y del lujo.

Los que así piensan tendrían razón á juzgar por exterioridades; pero nunca como en este caso se demuestra la realidad del dicho vulgar de que las apariencias engañan.

Dada la manera de ser de nuestra sociedad, el hombre que llega á ser dueño del oro tiene que sostener una perpetua lucha contra los elementos que le rodean.

El poseedor del oro es considerado por sus compatriotas como una mina explotable, como un Monte de Piedad gratuito, como un Banco Nacional que no debe exigir intereses ni garantías, como una Sociedad de préstamos á la vista, como una institución contra los incendios de bolsillo, y nadie le perdona el crimen de ser dueño del preciado metal sino á condición de que lo derrame á manos llenas entre los espectadores, que aplauden sus larguezas ó silban sus preocupaciones.

Es un blanco en donde van á dar los tiros del odio y de la maledicencia; el objeto de la sátira del despechado y del derrochador; el *eccehomo* del holgazán y del vicioso. Recibe continuos anónimos amenazadores; prepáranle emboscadas para sacarle cantidades más ó menos gruesas; el amigo, la mujer querida, el negociante, el mundo entero, le asedian, le acosan, le trituran y le amargan la existencia. Su sueño es una agitación continua de pesadillas pavorosas: ya le roban puñal en mano; ya descarrila el tren en que viaja y es asaltado por una cuadrilla de bandoleros; ya le secuestran; su mujer, sus hijas, sus yernos, determinan no enviar el excesivo rescate tratándose de un viejo con un pie en la sepultura; ya le sacan del escondrijo; ya le suben á la copa de un árbol; ya le ponen una cuerda al cuello y le ahorcan; entoncez despierta con las convulsiones de la agonía.

Posible será que algunos de mis lectores dejen asomar á sus labios una sarcástica sonrisa al leer el ejemplo que antecede, diciendo:

—Todo eso está muy bien dicho; pero seguros estamos que guarda usted la más cariñosa de sus sonrisas y la más elocuente de sus miradas para una moneda de oro.

Tenéis razón.

¡Tal es la condición humana!

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

AL SEÑOR DE FORASTER ⁽¹⁾

Misiva que antes de ayer me ha dictado una jamona que presume de muy mona (y no se la puede ver).

—Sin meterme á averiguar si son malos ó buenos sus versos, yo por lo menos no los puedo tolerar,

porque veo con disgusto que á mi *excelente* persona la trata usted de *jamona*, y esto, vamos, es injusto.

Y aunque abrigo la esperanza que en su rectificación se pondrá más en razón, nunca sospeché, ni en chanza, antes, ni después, ni ahora, que un joven de su talento faltase á nadie de *intento*, y mehos á una señora.

Escribe con tal cinismo, que, si por mi genio fuera, puede que más no escribiera rompiéndole á usted el *bautismo*.

¡Y ojo! Que si se desliza, y no es sensato y prudente, no respondo que el teniente le dé á usted una paliza, pues tiene el genio muy vivo, y si llega á incomodarse ya puede usted prepararse á llevar un correctivo.

Si es un pollo... *jubilado* mí futuro, según cuenta, porque cumplió los cuarenta el mes próximo pasado, esto, ni le importa á usted un cuarto de *cañamones*, ni le doy explicaciones porque no tengo por qué.

Le quiero, y es suficiente: y le quiero *por que sí*, y porque él me quiere á mi hasta la pared de enfrente.

¿Qué nos importa la edad si los dos nos adoramos, y lo que sólo anhelamos es nuestra felicidad?

Yo me caso por mi gusto, y si á usted, según se explica, mi boda le *mortifica*, siento darle este disgusto.

Que en estas cosas, querido, cada cual piensa á su modo, pues todo depende, todo, de encontrar un *buen partido*.

A usted, quizás, le atormenta Madrid, Marzo 88.

(1) Véase el núm. 17 de nuestro periódico.

la idea de que la gente, siendo mi esposo un teniente, dé en llamarme *la teniente*.

No me importa; lo seré, sí, señor, y á mucha honra, pues esto á nadie deshonra, y después de todo, ¿qué?

—Pero aquí, y entre los dos: ¿por qué está usted tan furioso contra mi futuro esposo?

¡Dígamele usted, por Dios! ¿Es que mira con dolor lo que con placer yo miro? ¡Vamos, vamos, Casimiro, que á usted le *achucha* el amor!

Bien comprendo sus desvelos, pues tiene usted, de seguro, de mi *presente-futuro* muchos, pero muchos celos.

A fe que usted suspiraba con honda pena, muy fuerte, renegando de su suerte porque yo no le miraba, cuando de noche y de día se llevaba de *plantón* las horas frente al balcón, de la casa en que vivía.

Recuerdo cuando á paseo viéndonos salir juntitos igual que dos *tortolitos*, ponía un gesto tan feo!

En fin, ¿á qué recordar cosas tan *tristes* ahora, cuando sé que usted me adora y no me puede olvidar?

Siento darle este mal rato (que bien merece disculpa), pero usted tiene la culpa si de tal modo le trato.

Fuera usted más comedido, y yo no abriera mi boca; pero, si se me provoca, no he de callarme, querido.

Otra vez sea más clemente, quiero decir, menos malo, y mande en tanto un regalo á mi futuro el teniente; ó dos, si así le acomoda; ó tres: (cumplidos á un lado) y queda usted convidado para asistir á la boda.

Por la copia,

FRANCISCO JAIME MAINAR.

VÍCTIMAS

El se llama Dagoberto, por más que en toda su vida no ha sido capaz de pensar que á nadie se le ha ocurrido poner tal nombre á un personaje de novela.

Como que nunca ha leído novelas, ni otra cosa que no sean los manuscritos de la oficina.

Porque Dagoberto está empleado en las Clases pasivas desde que cumplió diecisiete años y medio.

Ella—esta *ella* puede ser su mujer— hace algún tiempo que va al alcance de los cuarenta años, cosa que oculta con cuidado exquisito, diciendo en cambio con orgullo, á cuantos la quieren ó no la quieren oír, que se casó con Dagoberto por debilidad.

Y Dagoberto proclama á voz en grito que Elena— porque ella se llama Elena—es muy sensible.

Entre las muelas y los callos han hecho de la sensibilidad de Elena una fortaleza.

Si es verdad que muchos conocen la sensibilidad de la esposa de Dagoberto, nadie sabe su causa.

Ninguna persona que se precie de ilustrada y tenga pretensiones, aunque humildes, debe padecer dolores de muelas ni quejarse de los callos.

Estos son accidentes de la vida vulgar.

Y Elena, por más que su esposo— nunca le llama marido—no tiene más de ocho mil reales de sueldo, se conceptúa una señora de altas circunstancias.

Porque es lo que ella dice á solas, ó cuando más estando acompañada de Ruperta, la asistenta:

— Cuando una señora por virtud de su propia inspiración ha alcanzado los conocimientos que yo poseo, sale de la esfera de los demás de su clase.

Y es que está día y noche, casi sin descanso, metiéndose por los ojos cuantos libros y periódicos llegan á sus manos.

Dagoberto y Elena han sido felices hasta hace pocos días.

Una mañana, en ocasión de haberse marchado él á la oficina, ella sacó del cajón de un mueble del comedor un periódico y se puso á leerlo con fruición.

Los escondía allí porque, cuando su esposo veía algún periódico, fuese de cuando fuese, los utilizaba para cualquier uso particular.

Lo leyó, decimos, con fruición, y quedó espantada

— ¡Hoy hago la experiencia!— dijo.

Y quedó pensativa.

Aquel día no leyó más, ni riñó al gato, ni hizo las camas.

Cavilaba respecto de la experiencia.

Cuando Dagoberto volvió de la oficina, la encontró sentada junto á un balcón del gabinete de su piso tercero, fija la vista en el hermoso cuerpo del gato, que dormía tranquilamente frente á ella, y mordiéndose las uñas de la mano izquierda.

— Buenas tardes— dijo Dagoberto, dejando el sombrero sobre otra silla y el bastón en un rincón del gabinete.

Después, observando que su mujer no hacía movimiento alguno, continuó:

— ¿Elena?...

— ¡Ah! ¿Eres tú?— exclamó ella alzando la cabeza con un movimiento rápido y enérgico.

Dagoberto, que no tenía la conciencia muy limpia en lo que hace á la fidelidad conyugal, murmuró con cierta timidez:

— Sí... yo soy...

— Bien— repuso Elena.— Es preciso salir de dudas... ¡Acércate, Dagoberto!

Al observar éste el gesto duro y grave de su mujer, dudó un instante antes de acercarse.

— ¡Trae una silla y siéntate frente á mí!— exclamó ella con tono imperativo.

Dagoberto se echó á temblar.

— ¿Habrá dicho alguien á mi mujer— se preguntó— que la Inés me ha obligado á que la convide á cenar?

Ello es que se decidió á sentarse frente á Elena.

— ¡Dagoberto!— dijo ésta con entonación solemne;— ¡es preciso que me contestes á cuanto te interrogué!

— Ciertos son los toros— murmuró el infeliz.

— ¿Lo harás?

— Bueno... yo...— exclamó tartamudeando;— voy á beber un vaso de agua...

— ¡No! Eso después.

Elena era implacable.

— ¡Mírame, mírame con fijeza, y no distraigas tu imaginación!... Voy á hablarte de cosas muy graves... ¡ya verás!

Dagoberto sudaba gotas como nueces.

Cinco minutos estuvo el infeliz mirando á su mujer con toda la atención de que era capaz, hasta que llegó á dejar caer pesadamente la cabeza sobre el pecho.

— ¡Ya es mío!— gritó Elena levantándose y palmeoteando con alegría.

Dagoberto volvió en sí; y temiendo, ante aquellas manifestaciones de Elena, haber confesado algo que no le convenía, se arrojó á los pies de ella diciendo con tono suplicante:

— ¡Perdóname, Elena, perdóname! ¡Yo te juro que no lo volveré á hacer más!

Pero Elena, no creyendo que aquellas frases eran hijas de una alucinación que satisfacía por completo sus deseos, contestó:

— ¿Cómo que no...? ¡Vuelve á repetirlo en este instante! ¡Lo mando yo!

Dagoberto se quedó atónito.

— Elena, por Dios...

— Nada: he dicho que ahora mismo vuelve á repetir, para que yo adquiera completa certeza de un hecho tan importante.

Dagoberto estaba fuera de sí.

¿Qué significaba aquel deseo loco de su mujer, impaciente por verse acaso ultrajada por un marido infiel?

Mientras Elena corría, mejor que andaba dando vueltas al gabinete, él la seguía anhelante y con las manos cruzadas, implorando el perdón que á su juicio merecía.

En cambio ella continuaba cada vez más erguida y con aspecto á cada momento más altivo.

Dagoberto, al fin, se echó á llorar lo mismo que si le hubiera picado una avispa en la niña del ojo.

Entonces Elena le miró compasivamente y dijo:

—Tal vez me haya excedido.

Entonces trató de acariciarle.

—¿Me perdonas? decía Dagoberto tartamudeando.

—¿Qué te he de perdonar? preguntó ella con sorpresa.

—Son cosas que no se pueden remediar—continuó él.

—¡Ah! ¡Ya lo creo! En esto interviene una fuerza superior, desconocida, que subyuga y avasalla la voluntad... ¡Así lo dice el periódico!

—¡El periódico...! ¡Qué!... ¡Qué dice el periódico! exclamó el triste marido, creyendo que todo el mundo tenía ya conocimiento de su falta.

Elena, con severidad y firmeza, exclamó:

—¡Que es una verdad el hipnotismo!

Aquella noche hubo necesidad de sangrar á Dagoberto.

Y desde entonces acabó la felicidad de aquellos conyuges rayanos en clases pasivas.

JOSÉ HUERTAS.

EPITAFIO

Yace aquí un pobre maestro
que se murió, como todos,
enseñando el padrenuestro,
la gramática y los codos.

JOSÉ BRISSA.

SOCIEDAD DE CONCIERTOS

L epigrafe de esta sección de DON QUIJOTE basta por sí para dar idea de su importancia. Condensar en el menor espacio posible juicios y noticias acerca del movimiento artístico teatral en España y fuera de España es nuestro propósito, procurando que los lectores y los artistas encuentren cuanto les sea de utilidad práctica. Por necesidad esta reseña ha de ser sucinta y poco detallada, pues así lo exigen el tiempo y el espacio de que podemos disponer; pero, por muy condensados que procuremos hacer los juicios y muy sucintas las noticias, no lo estarían tanto en las obras de verdadera importancia, que no permitan al lector formar juicio exacto del mérito y transcendencia de aquellas obras que más importan al público en general y á los artistas en particular.

La temporada de 1887 á 88 toca á su término; esto es, aléjanse de los coliseos de Madrid las Compañías que se disputaron durante la estación de invierno el favor del público.

Las Compañías que actuaban en los principales teatros madrileños serán substituidas en breve por otras extranjeras, que funcionarán durante la primavera.

Los teatros de segundo y tercer orden continuarán utilizando el ingenio ágil é impacientemente creador de esos incansables guerrilleros de la dramática del día, que suelen buscar en una sola jornada,

á muerte ó á vida, la victoria ó el olvido de sus lubricaciones escénicas.

Estamos en plena época de sermones y conciertos. La religión, redoblando en esta época del año sus plegarias y sus predicaciones, refresca en las almas los más sublimes ideales, y las enaltece y las eleva, agitando en los espíritus esas inacabables aspiraciones hacia la verdad y hacia el bien que constituyen el anhelo supremo de la humanidad.

El arte musical parece que se pone de acuerdo con la religión para completar la obra regeneradora de ésta.

La música tiene mucho de religión.

Entre todas las manifestaciones del arte, ninguna tan íntima como la música.

Por eso lo más culto de la sociedad madrileña distribuye su tiempo en esta época entre la oratoria sagrada y los conciertos.

La música con sus melodías, ora tiernas, sentidas y dolientes como un gemido de dolor; ora alegres, conmovedoras y festivas como el canto de un pájaro; ora grandiosas, avasalladoras y magníficas como el ronco bramar del trueno y el silbar aterrador de las tempestades, ejercen en el espíritu una influencia incontrastable, y le predisponen al culto de los grandes idealismos y de los grandes entusiasmos.

El arte cumple esta elevada misión acaso instintivamente y sin darse cuenta de las misteriosas causas que le empujan; acaso cediendo al impulso de esas leyes inescrutables que rigen las evoluciones eternas de la vida.

El éxito del séptimo concierto de la orquesta dirigida por el maestro Bretón puede resumirse en una palabra, en el nombre del ilustre violinista que en la tarde del domingo fué aclamado por el selecto y numeroso público que llenaba todas las localidades del Circo del Príncipe Alfonso. De él es el triunfo, y jamás lo hubo más legítimo y merecido. A él corresponden aquellos aplausos sin fin de un público loco de entusiasmo, admirado del delicado arte y prodigiosa manera de ejecutar de Enrique Fernández Arbós.

Este distinguido artista interpretó, en la segunda parte del programa, acompañado por la orquesta, el magnífico concierto (obra 64) de Mendelssohn.

Tiene este precioso concierto toda la elegancia propia del maestro: romántico en grado sumo, inspirado y magnífico, posee todos los encantos y filigranas de las mejores obras del autor; es sucesión de bellezas, dispuestas con gran arte y al propio tiempo con designio de lucir la habilidad, saber y sentimiento del violinista encargado de ejecutar el concierto, cuyo carácter ha de resaltar en la manera de decir las frases y en lo perfecto de los pasos de agilidad.

El concierto de Mendelssohn, reúne á las excelencias del maestro romántico un sello de elegancia y distinción que no desciende nunca á lo vulgar ni cae en el exceso. Hay en él un encanto superior, y

EN MARCHA, paso doble para piano, por José María García y Portales.

Alllegro ma non troppo.

ca- cen- do

mf

1.ª vez

Fin

12 *2*

(Se continuará.)

asemeja, en los tiempos vivos singularmente, un maravilloso encaje, delicada filigrana, riquísima en detalles y brillante en sumo grado; pero con ese brillo que jamás se empaña, antes bien resulta puro en cada una de las partes, y en especial en las cadencias y solos de violín.

El público escuchó, con el severo silencio que precede siempre á los grandes éxitos, el *allegro molto appassionato*, hasta el arpeggio en que el artista lució sus raras cualidades; entonces comenzaron los murmullos de aprobación, que no cesaron hasta el final del primer tiempo, en que los aplausos y bravos estallaron espontáneos y entusiastas.

Desde este momento, y perdida ya la emoción que embarga á todo artista cuando se presenta ante un público nuevo, parece que con decir que Fernández Arbós tocó maravillosamente queda hecho su elogio; por eso no he de hablar de pormenores; conviene á saber: la pureza ideal del sonido, cuya intensidad gradúa de modo admirable, y ora es agudo, perdiéndose en los límites de los sonidos perceptibles, ora suena grave y lleno. Entre estos límites da una serie de matices bellos, obtenidos con naturalidad y colocados de tal suerte que dan á la obra que ejecuta todo su carácter. Su talento para *cantar*, esto es, decir frases sin portamentos, arrastres ni otras cosas de mal género, corre parejas con su delicadeza de sentimiento, con aquella agilidad pasmosa y con la afinación perfectísima.

En una palabra, Fernández Arbós tiene corazón, agilidad y gusto. Es un artista en la verdadera acepción de la palabra, al que hay que considerar, no como un joven que promete, sino como un maestro real y verdadero. Fernández Arbós pertenece al grupo de los pocos que alcanzan á interpretar los autores, desapareciendo ellos para que el compositor resulte tal como es; que no se preocupan de buscar aplausos, y obtienenlos siempre por modo natural y sencillo.

La verdad de lo que dicho, lo demostró el ilustre-violinista al ejecutar la fuga en *sol menor* y el preludio en *mi mayor*, de Bach, para violín ólo.

En estas dos piezas es donde puso de manifiesto su agilidad y afinación en el violín, saliendo, no sólo airoso, sino con éxito, y obteniendo una de las ovaciones más serias y espontáneas que ha obtenido artista alguno.

La *Legende*, de Wieniawski, y la *Mazurka*, de Zarzycki, fueron dichas de tan incomparable manera, que la ovación que tributó el público á Fernández Arbós revistió tales caracteres de entusiasmo que vióse obligado á ejecutar la habanera de *La Gallina Ciega*, de Caballero; el zapateado de Sarasate y una danza húngara de Brahms.

El Sr. Fernández Arbós es digno de la fama que ha conquistado en Bélgica, Alemania é Inglaterra. Cuando salió de España era ya una esperanza: hoy es uno de los mejores violinistas de Europa.

El eminente pianista Sr. Albéniz, dando una prueba de compañerismo que le enaltece, se prestó gustoso á acompañar, cooperando así al triunfo de su antiguo y querido compañero Fernández Arbós.

Lo demás del concierto fué magnífico; hubo mu-

chos aplausos para todos; se repitieron dos veces el *momento musical*, de Schubert, admirablemente instrumentado por el Sr. Bretón; el *andantino* de la Rapsodia de Lalo; el *allegretto* de la sinfonía 7.^a, de Beethoven, y la *overtura del Barco fantasma*, de Wagner; la orquesta y el Sr. Albéniz acompañaron con acierto al Sr. Fernández Arbós. Y lo merece éste, honra del arte músico y de nuestra patria.

* * *

En todos los teatros celébranse los beneficios.

Anoche se celebró en la Princesa el de la señorita Contreras, y en la Zarzuela el del cuerpo de coros.

Esta noche el de la Pasqua en el Real.

Mañana, en Lara, el de D. Carlos Miralles, y el de Ventura Vega en Eslava.

Y el sábado el de D. José Mata en la Comedia, y el de D. Mariano Fernández en la Princesa.

En Lara están ensayando el juguete cómico nuevo en un acto *La berlina azul*, y la comedia, también nueva, en dos actos *Los hombres libres*.

El primer actor D. José González, asociado á la Sra. Contreras, ha formado una Compañía. Funcionará en Abril en Cartagena, y luégo en Buenos Aires.

ANTONIO CUERRA Y ALARCÓN.

SUETOS Y ATADOS

DÓN QUIJOTE se propone dedicar preferente atención á las cuestiones artístico-teatrales, y constituirá en breve un Centro para contratación de artistas, formación de Compañías y organización de cuartetos, sextetos y orquestas.

Por no haber podido distribuir en la imprenta los elegantes tipos que en la misma se acaban de recibir de Alemania, no emplearemos para la prosa, hasta el número próximo, los de que hablamos en el número anterior.

¡Señor alcalde mayor:
míste que está *mu* mal visto
que las calles estén sucias
y los barrenderos limpios!

En el artículo del Sr. Vieyra de Abreu, publicado en el número anterior (segunda línea del párrafo segundo), se merendaron, no sabemos si los cajistas ó quién, las palabras *cuyo nombre*; de modo que la frase, para que tenga sentido perfecto, debe ser: «Nació nuestro hombre en un pueblo de Aragón, de cuyo nombre *je ne puis faire mémoire*, que diría un francés al verter á su idioma *Don Quijote*.»

Conste, pues, la rectificación.

A Dios lo que es de Dios, y á Vieyra lo que es de Vieyra.

COMUNICACIONES

Sr. D. C. F. A.—Madrid.—Sirve.

Tienen saldadas sus cuentas con esta Administración:

Sr. D. E. de C.—Gijón.—Febrero.—Sr. D. J. R. L.—Granada.—Febrero.—Sr. D. J. D.—Pamplona.—Febrero.—Sr. D. F. M.—Sanlúcar de Guadiana.—Suscrito hasta fin de Agosto.

Imprenta de E. Anglés.—Sacramento, 10, bajo.

BANCO DE CASTILLA

ANUNCIO

La Administración de este Banco ha acordado que la junta general ordinaria correspondiente al ejercicio de 1887 se celebre en el domicilio social (Infantas, 31) el miércoles 4 de Abril próximo, á las diez y media de la mañana.

Tendrán derecho de asistencia, conforme determina el artículo 22 de los Estatutos, los que posean 100 ó más acciones. Para ejercitar este derecho habrán de depositar sus acciones hasta el día 31 del actual en las Cajas del Banco, en Madrid; en las del Banco Hispano-Colonial, en Barcelona, y en casa de los señores C. Jacquet y Compañía, de Bilbao, en dicha ciudad.

En vista de los resguardos de depósitos se

expedirán á los interesados las tarjetas personales de asistencia.

Los señores accionistas que tengan ya depositadas sus acciones en número suficiente en las Cajas del Banco de Castilla, podrán recoger las papeletas de entrada, hasta las tres de la tarde del día 3 del expresado mes de Abril, con sólo presentar sus respectivos resguardos de depósito.

Los que no concurren personalmente, sólo podrán ser representados por un socio que tenga derecho de asistencia, siempre que la autorización oportuna haya sido presentada en la Secretaría del Banco antes del día de la celebración de la junta.

Madrid 12 de Marzo de 1888. — Por acuerdo de la Administración, el Secretario, *Ricardo Sepúlveda*.

SUPERIORES CHOCOLATES
DE
MATÍAS LOPEZ
MADRID—ESCORIAL

Venta en 1886, 4.000 000 de paquetes.

Este dato demuestra la importancia de la Casa y la predilección del público por esta marca.

TES, CAFÉS, SOPAS

De venta en todos los establecimientos de ultramarinos y confiterías de España.
EXÍJASE LA VERDADERA MARCA

DICCIONARIO RECOPIADOR
DE LOS
PUNTOS DE DERECHO RESUELTOS
en sentencias del
TRIBUNAL SUPREMO DE JUSTICIA
con un informe de la
ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA
POR
P. SAENZ HÉRMUA

Cuatro tomos en rústica, 86 pts. Provincias, 87,50
certificado. Venta en casa del autor Claudio Coello,
17, tercero derecha.


COLON
FÁBRICA MODELO DE CHOCOLATES
ESPECIAL DE LA ARISTOCRACIA
COMESTIBLES FINOS
GORGUERA, 16, MADRID

COMPAÑÍA COLONIAL
PROVEEDORA DE LA REAL CASA
ACREDITADOS CHOCOLATES Y CAFÉS
28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

*Y para su director la Cruz de la Legión de Honor
en la Exposición Universal de París de 1878.*

TES.—TAPIOCA.—SAGÚ
BOMBONES FINOS DE PARÍS

DEPÓSITO GENERAL... Calle Mayor, 18 y 20
SUCURSA Montera, 8.

y en todas las tiendas de comestibles de España.

DON VICENTE GONZÁLEZ SIERRA

dueño de la acreditada fábrica titulada LA COLONIA, vende sus exquisitos chocolates con rigurosa exactitud, ajustados al peso decimal. Es el primer fabricante que establece dicho peso, y resulta el

CHOCOLATE MEJOR DE ESPAÑA

Por 1,25 ptas., medio kilo, 20 chocolates ú onzas.
 Por 1,50 ptas., — — — 20 — — —
 Por 1,75 ptas., — — — 20 — — —
 Por 2,00 ptas., — — — 20 — — —

Es decir, que por el mismo precio que cuesta un paquete, adquiere el consumidor medio kilo, resultándole un beneficio de cuatro chocolates.

Exijase *Chocolates finos de Sierra*. De venta en las tiendas de comestibles y en el acreditado almacén de V. Martín, Carmen, 4.—Por mayor,

Bolsa, 11.—Teléfono 441

ENSEÑANZA LIBRE

Preparación especial para obtener el grado de Bachiller en Mayo y Septiembre próximos, aunque no se tenga aprobada ninguna asignatura, y el de Licenciado en Derecho, etc., en breve tiempo. Se admiten internos. Prospectos envíanse sellos. Director, D. Justo de Romaña.

SAN BERNARDO, 68

Academia-pensión de Cervantes.

AGUAS MINERALES FERRUGINOSAS

Fuente Herrumbrosa de Santa Elena, recomendadas por distinguidos profesores.

Curan las clorosis, anemias, caquexias, estados disacrásicos, fiebres intermitentes prolongadas, inapetencias, leucorreas ó flujos blancos, y en general todas aquellas enfermedades que dependen de empobrecimiento de la sangre ó debilidad profunda del organismo.—Están altamente indicadas en las afecciones nerviosas por atonía del estómago, y de la matriz, en el herpetismo y en las escrofulosis.

Ancha de San Bernardo, 26, segundo.

DR. MORALES

Especialista en sífilis, venéreo, esterilidad é impotencia. Tratamiento especial y breve, acreditado en miles de enfermos. Sus célebres píldoras tónico-genitales curan la debilidad, impotencia, espermatorrea y esterilidad.

CARRETAS, 39, MADRID

LEGÍTIMO VINO RANCO

DEL PRIORATO

DE LA COSECHA DE 1870

El mejor del mundo para enfermos y convalecientes, á 2,50 y 4 pesetas botella.

DOMINGO CARDONA

RONDA DE SANTA BÁRBARA, 1

Junto á la Glorieta de Bilbao.

SE SIRVE A DOMICILIO

NO MAS HERPES

Se curan radicalmente, y por inveteradas que sean, con la pomada antiherpética de TELLEZ, garantizada por un éxito de más de 50 años. Puntos de venta: Moreno Miquel, Arenal, 2.—Farmacia de don José M.^o Moreno, Mayor, 93 (Lotica de la Reina Madre), Madrid.

Se dan prospectos gratis en las dos farmacias.

DENTICINA INFALIBLE Lo saben las madres. Ni un niño se muere de la dentición, pues los salva aun en la agonía, brotan fuertes dentaduras, reaparece la baba, extingue la diarrea y accidentes, robustece á los niños y los desencanija. Una caja, 12 reales, que remite por 14 el autor. P. F. Izquierdo, Madrid, Sacramento, 2, botica, y plaza de la Villa, 4, por mayor, y en todas las boticas y droguerías de España.

COMESTIBLES FINOS

DE

EVARISTO GRAIÑO

5 y 7, *Imperial*, 5 y 7, *Madrid*

La especialidad de esta casa consiste en poseer para su despacho los legítimos y verdaderos cafés de moka, decaracolillo y Puerto Rico. Casa fundada en 1870.

Fábrica de chocolates.